

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

ESCRIBANO ANTONIO J. LLACH. Su fallecimiento

El 28 de julio dejó de existir en esta capital el escribano Antonio J. Llach. Desaparece con él una figura prestigiosa del notariado capitalino, que se destacó con significativo relieve entre sus pares y cuya existencia proyectóse de manera fecunda en los diversos planos en que le tocó actuar.

Nacido en la Capital Federal en 1907, obtuvo su título de escribano en 1929. Fue adscripto al registro N° 68 hasta el año 1936, y luego se desempeñó en igual carácter en el N° 160, hasta 1943. Desde ese año hasta la fecha fue titular de este último registro, en el que desarrolló su quehacer profesional a lo largo de más de cuarenta años, granjeándose merecido respeto.

En el orden institucional integró diversas comisiones asesoras.

En 1955 se incorporó al Consejo Directivo como vocal, y más tarde como tesorero, cargo para el cual fue reelecto, desde 1961 a 1965. Posteriormente, por la voluntad de sus colegas, ocupó la presidencia del Colegio por dos períodos, entre los años 1969 y 1973. Allí reveló sus excepcionales condiciones de dirigente, pues debió hacer frente a diversas situaciones - en algunos casos, conflictivas - que supo sortear con mesura y ponderación.

Simultáneamente tuvo a su cargo la conducción del Consejo Federal del Notariado Argentino, en donde cumplió una descollante labor en estrecho contacto con los representantes notariales del interior, consubstanciándose con sus inquietudes y problemas.

El resonante éxito alcanzado por el XII Congreso Internacional del

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

Notariado Latino está presente aún en la memoria de todos. En el concierto de voluntades que su organización demandó, Llach - como titular de la Comisión respectiva - sumó su propio esfuerzo y el dinamismo que la trascendencia del evento requería.

Hombre de profunda fe religiosa, de una gran bondad, generoso de sentimientos para cuantos se acercaban a él, practicó la caridad sin alardes, consagrándose silenciosamente a las obras de bien.

Siempre será recordada su asistencia al Obispado de Añatuya, a cuya obra aportó su infatigable desvelo en favor de los más necesitados. Cabe señalar que Su Santidad Paulo VI le confirió la Orden de San Silvestre Papa en el grado de comendador como reconocimiento a su desinteresado empeño.

Durante su presidencia, y más exactamente a principios de 1970, dieron comienzo las gestiones para superar el problema que creaba la falta de capacidad del depósito de protocolos notariales en el Palacio de Justicia. La intervención directa del escribano Llach, su participación activa y las entrevistas realizadas con funcionarios públicos en los más altos niveles estuvieron dirigidas a encontrar una solución definitiva a tan agudo problema. El objetivo consistía en la adquisición de un inmueble donde instalar el Archivo de Protocolos, previo dictado de la ley que adjudicara a nuestra institución la regencia del Archivo.

Ambos proyectos - como es de público conocimiento - se materializaron en la compra del edificio de la calle Alsina, en ese mismo año 1970, y al año siguiente en la sanción de la ley 19016, en cuya virtud se autorizó al Poder Ejecutivo Nacional a celebrar un convenio con el Colegio de Escribanos de la Capital Federal por el cual se le asigna a éste la regencia del Archivo de Protocolos Notariales.

Culminaba así felizmente una beneficiosa iniciativa para el notariado, que el apasionado fervor de un dirigente como Llach supo llevar adelante y concretarla en ponderable logro.

Cabe asimismo dejar reflejado, como otra faceta de su gestión, el renovado impulso que supo imprimir al ciclo de actividades culturales de la entidad que se desarrolló durante su mandato.

Su deceso repercutió dolorosamente no sólo en el notariado sino en los demás sectores a los cuales se hallaba vinculado. Ese hondo pesar púsose de manifiesto en el acto del sepelio, realizado en el cementerio de la Recoleta el día 29 por la mañana, previa misa oficiada en la Abadía de San Benito.

Despidieron sus restos el escribano Jorge María Allende, por el Colegio de Escribanos; el escribano Juan Alberto Gardey, por la Unión Internacional del Notariado Latino; el escribano Jorge A. Bollini, por sus ex compañeros del Consejo Directivo; el escribano Julio A. Aznárez Jáuregui, en representación del Consejo Federal del Notariado Argentino; el doctor Atilio J. Costa, por la Peña "A.S.U.", y el señor Alberto J. Armando, por el Club Boca Juniors. Finalmente, el Sr. Antonio Rotilli improvisó unas breves palabras en nombre de los viejos amigos de la Asociación del Fútbol Argentino.

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

Los textos de las respectivas oraciones se transcriben más abajo.

El viernes 27 de agosto, con motivo de cumplirse al día siguiente el primer mes de su fallecimiento, se celebró una misa en sufragio del extinto en la Basílica de Nuestra Señora del Pilar, dispuesto por el Consejo Directivo, y a la que asistieron familiares, consejeros y numerosos escribanos y amigos.

Posteriormente, en la bóveda que guarda sus restos en la Recoleta se descubrió una placa recordativa como homenaje de los ex componentes del Consejo que presidió el escribano Llach. En la oportunidad habló el escribano R. Gastón Courtial, cuyas palabras se transcriben al final.

Oración del escribano Jorge María Allende

Aquí estamos, al lado de Antonio Jaime Llach, quienes somos sus colegas y amigos. El tránsito por la vida es un camino que nos conduce al más allá. El lo hizo con la seguridad que le daba su fe, sabiendo que su andar lo llevaría al lugar de la verdad, de la paz y del amor, allí donde reina la bondad divina. Mi inspiración no es la que guía mis palabras, es Llach que nos mostró y nos enseñó el modo cristiano de vivir.

Nacido en la Capital Federal, recibió su diploma universitario en 1929, inscribiéndose de inmediato en la matrícula profesional. Desempeñó sus funciones de fedatario, primero en el registro notarial 68 de la Capital Federal, en el que permaneció hasta 1936, siendo nombrado luego en ese mismo carácter en el registro 160, hasta 1943. Desde ese año hasta la fecha, ocupó el cargo de titular de dicho registro donde desarrolló una intensa actividad profesional que lo destacó con méritos propios dentro del conjunto de sus pares.

Perteneció a diversas comisiones asesoras, y se mantuvo estrechamente vinculado con la institución, incorporándose al Consejo Directivo como vocal en 1955, luego como tesorero, cargo para el cual fue reelecto, desempeñándose en él con acierto y eficiencia desde 1961 hasta 1965. Finalmente, sus pares lo distinguieron elevándolo a la presidencia de la institución por dos períodos, ejerciéndola entre 1969 y 1973.

Su capacidad y honestidad en el cargo fueron enseñanzas que recogimos quienes lo reemplazamos en la función directiva. Su período presidencial fue de duro batallar, pero su serenidad pudo vencer muchos contratiempos y convertirlos en satisfacciones, pues buscando la verdad, ésta se encuentra. No todo es fácil en la vida, luchar y vencer es una virtud. Llach, presidente, lo consiguió.

Paralelamente a sus tareas directivas en el Colegio, ejerció las de presidente del Consejo Federal del Notariado Argentino por dos períodos, imprimiendo a su quehacer una dinámica propia que le concitó la estima y la consideración generales.

A todas estas funciones de relevancia agregó la de presidir la Comisión Organizadora del XII Congreso Internacional del Notariado Latino,

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

asumiendo con ello un compromiso delicado, pues en la oportunidad, la Argentina volvía a ser sede de una reunión internacional, precisamente al cumplirse el veinticinco aniversario de la realización de la primera, cuyos frutos han tenido gravitación trascendente en numerosos países americanos y europeos.

El escribano Llach exhibió a lo largo de su vida un cúmulo de virtudes que lo señalaron acentuadamente entre los de su generación, y obteniendo la adhesión de los jóvenes, por quienes exteriorizó preocupación e inclinación especiales.

Practicaba la caridad con humildad junto con su esposa. Recuerdo su continua asistencia al Obispado de Añatuya, donde fue pródigo a manos llenas, enamorado de la obra cristiana que se realizaba en la ciudad santiagueña, y lo hizo por vocación y porque sabía que hacía un bien a los demás, cumpliendo el mandato de la ley de Dios, que es amarlo por sobre todas las cosas y amar al prójimo como a sí mismo.

Su Santidad Paulo VI reconoció esta obra de bien que trascendió el ámbito local, y le impuso la Orden de San Silvestre Papa en el grado de caballero comendador, por su obra benefactora y de sensibilidad cristiana para con los pobres.

En nombre del Colegio de Escribanos de la Capital Federal, de su Consejo Directivo y de colegas y amigos, en este instante en que Antonio Jaime Llach retorna a la casa del Padre que le brindó el ser, damos un afectuoso adiós a quien supo conseguir el gozo eterno por su profunda fe y su gran amor a Dios y al prójimo.

Del escribano Juan A. Gardey

Traigo la representación de la Unión Internacional del Notariado Latino, como secretario de su Consejo Permanente, al acto de despedir los restos mortales de quien en vida se llamó Antonio J. Llach.

Desde el año 1929 en que obtuvo su diploma de escribano en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, su vida estuvo dedicada al ejercicio de la profesión que había escogido por vocación, hondamente sentida.

Sin embargo, no todo fue actividad profesional en el escribano Llach. Su espíritu inquieto, su anhelo de fines más elevados, hicieron que se volcase a la labor institucional, con la dedicación, el acierto y la ponderación que eran facetas de su rica personalidad.

Como presidente del Consejo Federal del Notariado Argentino, cargo para el que fue electo en noviembre de 1969 y reelecto en 1972, debió mantener estrechas relaciones con la Unión Internacional del Notariado Latino.

Es así que en la Unión se lo vio actuar en el X Congreso Internacional del Notariado Latino, que se llevó a cabo en el año 1969 en la república hermana del Uruguay; pero, de modo particular, se tuvo oportunidad de valorarlo en su plenitud con motivo de la celebración en esta ciudad, del

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

XII Congreso Internacional del Notariado Latino. Era ocasión muy destacada, porque se conmemoraban los veinticinco años de la primera reunión del notariado latino, que había dado origen a la Unión; y era ocasión muy destacada para los notarios argentinos, y para todos los que constituían la Unión. El escribano Llach presidió la Comisión Organizadora, con dedicación, entusiasmo y capacidad, y presidió también la Delegación del notariado argentino a esa asamblea.

Fue allí donde los notarios de todos los países que forman la Unión tuvieron ocasión de apreciar las cualidades que adornaban la personalidad del escribano Llach: su prudencia en el tratamiento de las cuestiones, buscando siempre la solución que satisficiera a todos; su discreción en el trato con los colegas, procurando limar las aristas agudas de las controversias; su ponderación, que le permitía valorar en su exacta dimensión la magnitud de los problemas, evitando magnificarlos o minimizarlos; su sentido común, para encontrar la vía más adecuada; su energía, para sostener y defender una posición o una concepción que consideraba justa y equitativa.

Todo ello, unido a sus conocimientos, a la rectitud de sus proceder, a su relevante actuación profesional, lo destacaron entre los congresales, como antes lo habían distinguido entre sus colegas, que lo llevaron a la presidencia de su Colegio - el de la Capital Federal - y luego, a la del Consejo Federal del Notariado Argentino.

Tenía, indudablemente, condiciones de mando, y como llegó a la cima luego de ocupar posiciones intermedias, cuando le tocó decidir no se equivocó, pues a sus condiciones naturales unía la experiencia adquirida anteriormente. Fue así un hombre de gobierno, que cumplió las funciones con sentido de servicio, sentido que nacía de sus profundas y hondas convicciones de cristiano, para quien el amor al prójimo solamente cedía lugar ante el amor a Dios.

La Unión Internacional del Notariado Latino se une al dolor del notariado de la ciudad de Buenos Aires y al dolor del notariado argentino, pues valora cabalmente la pérdida que experimentan con el fallecimiento del escribano Llach.

Siente, asimismo, la Unión, que ha desaparecido uno de los notarios que con todo entusiasmo, generosidad y sentido del deber, le rindió inapreciables frutos. Por ello, por mi intermedio le rinde, en este postrer momento, su homenaje de reconocimiento.

Del escribano Jorge A. Bollini

Me toca la triste misión de despedir en nombre de los colegas que tuvieron el honor de compartir su gestión directiva al frente del Colegio de Escribanos de esta ciudad los restos de quien fuera en vida don Antonio J. Llach, y expresar a los suyos y a cuantos lo conocieron de cerca y sienten por eso intensamente el dolor de su ausencia definitiva, cuánto lamentamos su desaparición, en momentos en que tenemos derecho a

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

esperar aún mucho de su saber, de su experiencia, de sus condiciones de dirigente y guía.

Misión penosa porque la institución ha perdido a un conductor, porque se ha ido un colega al que podíamos recurrir buscando su consejo siempre atinado y porque hemos perdido, por sobre todas las cosas, a un dilecto amigo.

Ha muerto rodeado por el cariño de los suyos, de sus amigos y el respeto de sus colegas; prueba de ello es esta manifestación de pesar verdadero.

Hombre ejemplar, tuvo una familia ejemplar. Su compañera y esposa, sus hijos, sus allegados más próximos, disfrutaron todos de su presencia que irradiaba la paz interior, propia de quien lo está consigo mismo y con Dios, sin alardes y con invariable bondad.

Con su desaparición el notariado capitalino pierde a uno de sus miembros más queridos y respetados; el Colegio de Escribanos a su ex presidente, que convirtió el sacrificio en deber y necesidad, imponiéndose una tarea sin pausa, y para los que trabajamos a su lado, compartiendo sus horas de triunfo y también las amargas, disfrutando siempre el placer de su amistad y de su compañía - sin mostrar en su persona las heridas del desengaño -, una pérdida irreparable que se agigantará a través del tiempo.

Fue un verdadero amigo para sus amigos, y un respetado presidente por todos los integrantes de su Consejo, a los que él también respetó.

Pocas veces, a lo largo de una dilatada vida institucional, tuvimos ocasión de compartir con alguien tan singularmente dotado como Llach, la labor común, más difícil que la individual a veces, porque debe realizarse a través de un concierto de voluntades contradictorias, criterios disímiles, tendencias propias, y como si ello fuera poco, llevarla adelante venciendo un sinnúmero de dificultades, que se oponen a la necesaria tranquilidad y reflexión que requiere el armonizar esos factores, para obtener frutos valederos y permanentes.

El escribano Llach supo hacerlo sin resentir la personalidad de nadie, y estimulando, en cambio, los aspectos más positivos que caracterizaban a cada uno de sus colaboradores. Por eso pudo y supo hacer mucho y bien, tal como lo demuestra al frente del Colegio al que perteneció entrañablemente; sus sucesivas presidencias del Consejo Federal del Notariado Argentino, y su relevante actuación en el orden internacional, no sólo en el X Congreso Internacional del Notariado Latino, celebrado en Montevideo en 1969, sino y principalmente como responsable de la organización del XII Congreso Internacional, celebrado en esta ciudad en 1973, inolvidable Congreso del 25 aniversario del primer Congreso de Buenos Aires de 1948.

Resulta difícil determinar dónde se distinguió más. Si en el orden personal, dado el cúmulo de cualidades que caracterizaron su trayectoria como individuo; si en el profesional, al ejercer con continuidad, acierto, responsabilidad y prestigio una profesión hacia la que sentía una verdadera vocación; si en la presidencia del Colegio de Escribanos, rica

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

en iniciativas suyas y caracterizada por la apertura de nuevos horizontes; si en la dirección del Consejo Federal, a la que imprimió un verdadero carácter nacional, atrayendo con su singular manera de ser a los representantes de las provincias que lo integran, o si como exponente de lo que el notariado argentino ha logrado ser, al continuar la obra de Negri en el ámbito internacional.

Tuvo el acierto de buscar a los jóvenes para incorporarlos a la vida institucional, distinguiéndolos y estimulando su personalidad. Se preocupó del perfeccionamiento del personal de las escribanías, al crear la escuela de preparación para los mismos; apoyó el incremento de las tareas de asistencia técnica y financiera que el Colegio de Escribanos presta a la actividad registral en cumplimiento de la ley y de los convenios asumidos por la institución notarial; solucionó el grave problema que ofrecía la imposibilidad de contar con un adecuado archivo de protocolos notariales; suscitó una verdadera corriente cultural y artística; su corazón cristiano le permitió la realización de numerosas obras de bien. En la conducción de su Consejo admitió iniciativas, oposiciones, criterios diferentes al suyo, en un esfuerzo armonizador del conjunto, a fin de lograr lo mejor, y que ello fuera fruto de una mayoría; afrontó problemas difíciles y momentos amargos, con la serenidad que da la convicción de estar acompañado y de encontrarse haciendo lo mejor, y tuvo en todo momento palabras de sostén y de aliento para cuantos lo acompañaron en su obra o acudieron a él en procura de asistencia o consejo.

La familiaridad y el respeto se aliaron en una estrecha síntesis, dando una tónica especial a su trato diario, y en éste predominó una invariable consideración cristiana y humana hacia las virtudes de cada cual, que se preocupó en destacar.

Descendéis querido amigo, a la tumba, rodeado del afecto de quienes te conocieron, recibiendo la recompensa que vos juzgabais más digna sobre la tierra. El Dios Todopoderoso habrá llevado vuestra alma a las regiones celestiales donde habitan los hombres virtuosos, a la mansión y descanso de los justos. Estos consuelos se llevan vuestros amigos del Consejo Directivo que presidiste, al dejaros eternamente. Escribano Antonio J. Llach, descansa en paz.

Del escribano Julio A. Aznárez Jáuregui

La muerte de don Antonio J. Llach no sólo enluta al Colegio de Escribanos de la Capital sino también al notariado de toda la República. En representación del Consejo Federal del Notariado Argentino me toca despedir los restos mortales de quien durante los años 1971 a 1974 presidiera su Junta Ejecutiva con probidad, equilibrio y acierto.

Sin duda Llach, por su arquitectura moral y su probado temple de dirigente singular, supo conducir al agrupamiento nacional de Colegios notariales por los cauces de la armonía y del entendimiento espiritual,

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

que constituyen los fundamentos mismos de la organización.

Fue así que puso su mayor interés en afianzar los principios de unión entre los Colegios hermanos. Pero el interés de los hombres de bien, que significa sacrificio, equidad, grandeza de alma y deseo de merecer la estimación de los otros.

Por ello volcó en su conducción la inspiración de nobles ideales sin afanes utópicos o de grupo y cabal comprensión de la realidad y de las distintas características de cada región.

Su paso por la presidencia del Consejo Federal fue un afanoso transitar por las distintas latitudes argentinas en procura de asegurar logros y conquistas del notariado en el plano institucional, profesional o gremial.

Su empeño constante fue apuntalar aquellos Colegios que por circunstancias especiales veían retrasada su organización, cohesión o desarrollo.

Es así como durante su gestión asistió a la inauguración de las casas propias de algunos Colegios del interior, que reconocieron en él al principal apoyo de sus esfuerzos.

Este reconocimiento que le fue brindado a Llach sin retaceos constituía para él la más espléndida retribución a sus desvelos. Todos quienes colaboraron en su gestión directiva solíamos oírle en esas pláticas informales y amistosas a la que era tan afecto, comunicarnos el especial goce que experimentaba en el trato con los colegas del interior que siempre le prodigaron su confianza con válida hidalguía.

Sin duda supieron reconocer en él a un noble y leal conductor que no sólo buscó forjar una organización notarial más pujante, sino substancialmente asentara sobre principios rigurosamente éticos, transmitiéndole la impronta de su personalidad, de honda raigambre cristiana y sin claudicaciones.

La desaparición de Antonio J. Llach representa sin duda una sensible pérdida para el notariado nacional y su recuerdo nos ha de acompañar de modo perenne como un ejemplo de rectitud y nobleza.

Del doctor Atilio J. Costa

Basta otear los rostros de las damas y caballeros, reunidos en este peristilo, para deducir de inmediato que todos exteriorizan un profundo dolor que desborda en lágrimas . .

Esposa del malogrado amigo, hijos, nietos, familiares. Señoras y señores:

La Peña "A.S.U. " (sigla de "Amigos Siempre Unidos"), herida en sus alas, asiste cariacontecida a este sacrosanto recinto de la paz. . . para despedir los restos mortales del que fuera su miembro de número, caído en su lucha por la superación.

Cuando menos lo esperábamos se hizo su noche eterna. . sin saber por qué. . . dejándonos huérfanos de su cordial amistad, de invalorable quilates y de sus leales consejos, fruto de su acrisolada experiencia y

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

saber.

Difícil resulta en estos momentos establecer en cuánto lamentamos su viaje irreversible. . . Estamos bajo la penosa impresión del anuncio de su ascenso a las celestiales regiones . . . que nos dejó alelados.

Confieso que siento a este preclaro amigo hondamente . . . y que mi corazón destila lágrimas en su homenaje.

¡Don Antonio J. Llach fue el arquetipo del hombre integral y del caballero de la vida!

Esposo amante, hizo verdadero culto de su hogar modelo . . .

Padre ejemplar y bondadoso, lega a sus hijos el escudo de una existencia consagrada a Dios . . . al bien . . . y al cumplimiento de sus deberes.

Amigo cordial, ocupó siempre los puestos de vanguardia en el fiel desempeño de los atributos de tal . . .

Profesional probo . . . recto y correcto . . . trazó senderos esculpidos en bronce, que serán continuados, sin duda alguna, por sus sucesores, honrando así su venerada memoria.

Cristiano en el amplio sentir del vocablo, cumplió a maravillas con los postulados de los "Santos Evangelios".

¡Su mejor confirmación la brinda su gran obra a la vista!

Yo vengo a este santuario, esta triste mañana, cargado con el dolor de los integrantes de "A.S.U. " . . . con mi propio dolor . . . ¡para depositarlo como ofrenda de rosas, sobre sus restos muy queridos!

¡Nos inclinamos reverentes ante los designios inescrutables del Supremo Hacedor . . . y aceptamos sin musitar su dolorosa partida sin retorno!

Ruego a la selecta concurrencia que me acompañe en una oración, impetrando a Dios por el goce celestial de su benemérita alma y por el cristiano consuelo para su noble esposa, queridos hijos, nietos, familiares y amigos . . .

Don Antonio . . . amigo del alma . . .

¡Imposible me resulta decirlos adiós! . . . os digo "hasta siempre". ¡Los amigos de "A.S.U." velaremos vuestro sueño permanentemente con vuestro recuerdo en flor . . .

¡Que así sea!

Del señor Alberto J. Armando

Señoras y señores:

Hay hombres que en la vida hacen tanto y merecen tanto que, en el momento de su muerte, las palabras no pueden agrandar los merecimientos de una trayectoria cabalmente marcada por claridad de ideas, honestidad de procederes, personalidad avasallante y una hombría de bien, acrisolada por encima de toda capacidad de ponderación.

Eso ocurre con Antonio Jaime Llach, a quien en nombre de Boca Juniors y en el propio vengo a despedir en estos momentos.

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

Ligado a nuestro club durante medio siglo, lo representó ante la Asociación del Fútbol Argentino en los años 1937 y 1938; fue nuestro secretario general en el año 1939, para luego desempeñar la vicepresidencia primera de la Comisión Directiva durante los ejercicios de 1940, 1941, 1942, 1954 y 1955.

Siempre leal a su divisa, fue una figura señera, orientadora y respetada por todos los que por el hecho de ser boquenses, contraemos el compromiso de crear, de luchar y de interpretar los anhelos de una masa de gente fervorosa, creyente, y que anhela un país grande, en paz y en marcha hacia adelante y hacia arriba.

Don Antonio Jaime Llach, hombre de un barrio con identidad propia, fue ante todo un ser auténtico. Una inmovible columna en medio de todos los vaivenes del quehacer diario. Reconocido como un hombre con todos los atributos de los que no atraviesan en vano el tránsito por la tierra, cosechó amigos, cautivó la amistad, hizo de la franqueza su tono de hablar, dictó cátedra de honorabilidad y fue mucho más allá de la frontera de su habitual medio de acción, para erigirse en representante de una raza de ciudadanos que se dan por entero, con la mente lúcida y el corazón abierto y la mano siempre tendida anticipándose a cualquier demanda de ayuda.

Y como dije al comienzo no hallo frases que pueda agregar a lo que ya en vida fue un unánime reconocimiento de méritos excepcionales, un quererlo por su generosidad y un respetarlo por su intrínseca valía.

En nombre propio y en el de Boca Juniors sólo puedo decir ahora que sentimos en carne propia, en espíritu propio, esa ausencia terrenal, y casi nos acusamos de no haber ganado más tiempo con su compañía más constante y con el goce de su rica experiencia y su inigualada exquisitez de alma.

Señoras, señores: Tenemos la sensación de hallarnos ante una pérdida irreparable, ante los despojos de alguien a quien no hay que llorar sino imitar. Alguien que fue en vida precisamente alguien y que nos deja una herencia cuantiosa que hay que enaltecer, acrecentar y merecer.

Don Antonio Jaime Llach, en nombre de Boca Juniors yo, su presidente, que quiere ser fiel al mandato que nos ha dejado, con sinceridad y real emoción, apenas puedo agregar que, como bien lo merece, Dios le conceda la gracia de su paz y de su bienaventuranza.

Que así sea porque nadie mejor lo ha merecido en vida. ¡Descansa en paz!

Palabras del escribano R. Gastón Courtial al cumplirse el primer mes de fallecimiento

Quienes fuimos compañeros de don Antonio J. Llach en los Consejos Directivos del Colegio de Escribanos que él presidió, hemos querido hoy rendirle este homenaje y descubrir una placa recordativa en su memoria. Agradecemos la presencia de todos por compartir con nosotros este profundo sentimiento de recordación.

Pareciera que fuera necesario que ocurriera la muerte de alguna persona

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

de nuestro afecto para que nos detuviéramos en esta frenética carrera por las cosas materiales y pensáramos y meditáramos acerca de esos hechos tan reales pero tan misteriosos como son la vida y la muerte. Y, entonces, se nos aparece la pregunta: ¿Es que se vive para morir? Pero cuando el muerto es alguien como don Antonio Llach, la respuesta es rápida, categórica, inevitable: No, no se vive para morir; se vive para vivir; porque Llach vivió su vida frontalmente, vitalmente.

Vivió para el mundo, desde los distintos puestos de lucha - como él decía - que le tocó cubrir. Y, así, en el deporte, en la función pública, en el notariado, que tanto quiso, o en su profesión, que ejerció con probidad y capacidad, siempre hizo, siempre construyó algo más para los demás.

Vivió para los valores del espíritu, apoyando y promoviendo las manifestaciones artísticas y culturales; gozando de lo bello, puro y simple de las expresiones de las artes y las letras.

Vivió para su familia, a la que tanto quiso y tanto cuidó, y de la que tan orgulloso estaba. El se sentía un poco como el viejo y fuerte árbol que la sostenía y amparaba contra los embates y agresiones de este nuestro mundo moderno.

Vivió para sus amigos, con su compañía, su afecto. Supo ayudarlos, aconsejarlos y escucharlos también.

Vivió para el prójimo, con su constante ayuda, doblemente valiosa: por generosa y sincera, y por silenciosa y humilde.

Vivió, en fin, para su fe, su credo, su religión, haciendo un permanente culto y dando un constante testimonio de vida cristiana.

Y así, viviendo su vida con fuerza, con vital energía, con su cuerpo y su alma, con su corazón y su mente, le llegó la muerte.

Y es en este momento de nuestra meditación cuando nuestros pensamientos parecen penetrar en un cono de sombra que, de pronto, se ilumina con un gran resplandor revelador de algo trascendente: Llach no murió para morir. Murió para seguir viviendo en la profunda plenitud de la paz infinita del Reino de Dios.

Y éste es, quizás, el gran mensaje que Llach nos deja: Vivir la vida para seguir viviendo en la muerte en la Gracia de Dios.

En este momento de unción y recogimiento yo les pido que elevemos nuestros corazones a Dios, en una íntima plegaria, para acercarnos, así, a don Antonio, que seguramente está a su lado.